

PINOCHO

AÑO III. Nº 123.

25 cénts.

26. JUNIO 1927.



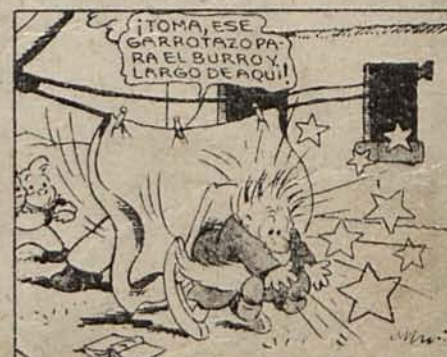
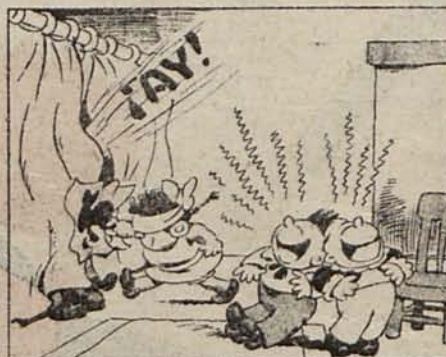
- OYE, PINOCHO ¿ES VERDAD QUE EN EL MAR HAY PECES GRANDES QUE SE COMEN A LAS SARDINAS ?
- SI
- ¿Y COMO HACEN PARA ABRIR LAS LATAS ?

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



EL CORREO DE CALIFORNIA

CUENTO POR EMILIO SALGARI



ACE treinta años, cuando América del Norte no había construido todavía la gigantesca y maravillosa línea férrea que debía enlazar Nueva York, la reina del Atlántico, con San Francisco de California, la reina del Pacífico, las comunicaciones eran muy difíciles y hasta peligrosas en extremo.

Usábanse entonces unos coches enormes, del mismo género que los empleados por nuestros abuelos, de caja inmensa, con una gran maleta sujeta en la parte de atrás para la correspondencia y la imperial encima.

No podían llevar más de ocho personas e iban arrastrados por tres parejas de caballos que eran relevados cada vez que el correo llegaba a los fortines diseminados por las inmensas praderas del Arkansas, del territorio indio y del Utah.

Iban guiados por uno o dos robustos cocheros de un valor a toda prueba, armados hasta los dientes. Para realizar aquel recorrido, que actualmente el ferrocarril del Pacífico ejecuta en menos de ocho días, hacían falta por lo menos ocho semanas y a veces más.

Los contratiempos a que estaban expuestos aquellos correos eran tan numerosos, que los viajeros, antes de emprender el viaje, otorgaban testamento; tan poco seguros estaban de llegar vivos a su destino.

Unas veces eran los indios, en aquel tiempo más numerosos que hoy en día, siempre en guerra con los colonos de raza blanca y los soldados del Gobierno; otras, por el contrario, los bisontes, que atacaban el correo, derribándolo y poniéndolo en tan pésimo estado, que era imposible proseguir la marcha; otras veces, los feroces osos grises se precipitaban sobre los caballos, devorándolos.

Los desdichados viajeros, abandonados en medio de aquellas interminables praderas, a centenares de leguas del puesto más cercano, con frecuencia morían de hambre si no caían en poder de los pieles rojas, mucho más crueles que las fieras, y de cuyas manos no salían vivos.

Una tarde del mes de octubre de 1867, una de aquellas enormes berlinas, cuya forma anticuada recordaba el siglo XVIII, se detuvo en Clinton, pequeña aldea perdida en las soledades del Arkansas, compuesta de unas veinte casuchas de madera y de un fortín en donde se alojaba una pequeña guarnición, puesta allí para la defensa de aquellas familias de colonos.

La guiaba un hombre de fuerza hercúlea llamado Morgatt, uno de los más notables correos, que había

efectuado más de quince veces el viaje entre San Francisco de California y Chicago, combatiendo contra los indios y los bandoleros de las praderas, que no eran menos terribles que los primeros.

En el interior iban sólo tres viajeros: un joven canadiense que marchaba a la Reina del Pacífico a recoger una gran herencia que le había dejado un pariente de su madre y dos comerciantes en pieles.

El hercúleo Morgatt se acababa de sentar a la mesa delante de un soberbio gallo con que le había obsequiado el comandante del fuerte y que se proponía hacer desaparecer dentro de su gran barriga, mientras se procedía al relevo de los caballos, cuando se presentó un hombre de unos treinta años, llevando el traje de los cazadores de las praderas, de anchos calzones a la mejicana, de franela azul, con dorados arabescos y nudos de lazos.

—¿Cuándo marchas? — le preguntó sin preámbulo el cazador.

—En cuanto hayan enganchado los caballos del relevo — contestó el gigante sin alzar los ojos del guisado a medio comer—. Llevo un retraso de veinticuatro horas y tengo prisa de recobrar el tiempo perdido.

—¿Entonces, dentro de una hora?

—Sí; si los viajeros que llevo han descansado ya lo suficiente.

¿Dispones de dos puestos?

Y hasta de cuatro.

—No somos más que dos: yo y Mary, mi mujer.

—Muy bien — prosiguió el cochero, mientras seguía devo-

rando—. Cuarenta dólares cada uno y las provisiones a cargo vuestro.

—Debo advertiros que llevándome en vuestro coche con mi mujer, os exponéis al peligro de ser atacado y pasar un mal rato.

Morgatt levantó la cabeza, mirando por primera vez al cazador de las praderas.

El que le hablaba de aquel modo era un buen mozo, alto y robusto, de rostro enérgico, con larga barba negra, uno de esos hombres que no deben temblar fácilmente ante el peligro.

El correo, satisfecho de su examen, puso los codos en la mesa, apoyó la barbilla en las manos y dijo:

—¿Por qué hemos de ser atacados si os llevo en mi coche con vuestra esposa? ¿Quién sois?

—Un irlandés; el cazador O'Brien.

Sacó del bolsillo una botella de ginebra, cuyo cuello





cortó de un golpe de cuchillo, y llenando dos vasos que estaban encima de la mesa, añadió:

—Si tenéis la paciencia de escucharme, os diré por qué corremos el peligro de ser atacados.

—Con una botella delante siempre se puede escuchar —contestó el correo después de haber vaciado el vaso de un solo trago—. Hablad, señor O'Brien.

—Tenéis que saber —dijo el irlandés—, que hace cuatro semanas, mientras perseguía un oso negro que había herido al margen de un riachuelo, tropecé con un jefe indio que ya había encontrado varias veces en mis correrías sin recibir de él daño alguno.

—¿Quién era? —preguntó Morgatt.

—Un comancio.

—Mala gente, que no perdona la vida de los prisioneros —replicó el correo—. Con grandes trabajos he logrado escapar varias veces de sus ataques. Proseguid, señor O'Brien.

—Aquel jefe me hizo seña de que me detuviese. Echó al suelo su lanza y su escudo de guerra para hacerme comprender que llevaba intenciones pacíficas, y acercándose me dijo:

—«¿Eres el compañero de la Fresa del bosque?»

—¿Quién es esa Fresa del bosque? —preguntó Morgatt.

Se refería a mi mujer —replicó el irlandés.

—Proseguid —añadió el correo—. La historia se hace interesante.

—«Soy un gran jefe —me dijo el indio—. Poseo cuatro tiendas y cincuenta caballos y mando treinta guerreros que no tienen miedo de nadie.

Vi un día a la Fresa del bosque, que cazaba contigo, y me enamoré locamente de ella. Si me la cedés, te daré mis tiendas, mis caballos y hasta mis armas.»

—No recuerdo bien lo que contesté a quel insolente bribón, pero creo que lo mandé al cuerno.

—¿Pretendía a vuestra mujer aquel rostro rojo?

—Y al marcharse juró que me la robaría aunque la ocultase en el mismo fortín —dijo el irlandés.

—Los indios son una gente sin escrúpulos —observó el correo.

—Como comprenderéis, desde entonces ya no he podido vivir tranquilo. La amenaza del indio me resuena continuamente en el oído, y temo que un mal día aquellos bandidos caigan sobre la aldea y se lleven a Mary. Por eso mismo he decidido marcharme a California, en donde quizá encontraré más medios de vida en los bosques de Sierra Nevada.

—¿Habéis vuelto a ver al jefe indio? —preguntó Morgatt, después de una breve pausa.

—Hace dos noches, todos los perros de la aldea se pusieron a ladrar furiosamente, produciendo la alarma de la pequeña guarnición del fuerte. Estoy seguro que anunciaban la presencia de los indios. ¿Seguís todavía decidido a admitirnos a mí y a mi mujer en el coche-correo?

Morgatt vació otro vaso, y después de mirar distraídamente el fondo del mismo, dijo con voz resuelta:

—Preparad el equipaje y no olvidéis de traer un buen fusil y municiones. Si los indios vigilan la aldea y tratan de atacarnos, les haremos correr.

—Gracias —contestó O'Brien, marchándose apresuradamente.

Morgatt terminó su copiosa cena, encendió su pipa sin que sus facciones, siempre tranquilas, reflejasen la más insignificante preocupación, y salió al patio del fortín, donde el coche-correo estaba ya preparado para reanudar la marcha.

Examinó detenidamente los seis caballos del relevo, seis hermosísimos animales de la pradera, todavía algo salvajes, con sus largas crines y cuerpo delgado de buenos corredores; examinó uno a uno los bocados para asegurarse de su solidez, y, por último, sacó de un cajón dos enormes trabucos españoles, que cargó cuidadosamente con un puñado de proyectiles.

—Yo agujerearé estupendamente el pellejo de los bandidos de las praderas —dijo—. Morgatt no tiene miedo de los asquerosos pieles rojas.

Los tres viajeros, que habían acabado de cenar, salieron al patio en el preciso momento en que llegaba O'Brien seguido de su esposa.

La Fresa del bosque era una hermosa joven mejicana que no había cumplido veinte años, de cutis ligeramente moreno y ojos negros y aterciopelados como los de todas las mujeres de origen español. Vestía el pintoresco traje de las mejicanas, con la manta de colores vivos a listas anchas y chaquetilla de terciopelo con muchos botones dorados.

Lo mismo que su marido, llevaba una carabina, de la que sabía servirse con rara habilidad, como saben hacer uso de ella todas las mujeres que viven junto a la frontera india.

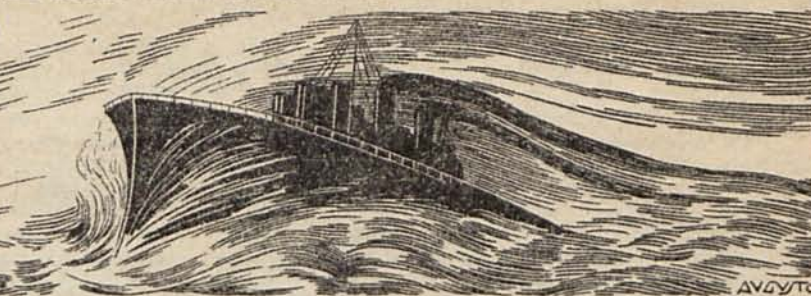
Los tres viajeros, satisfechos de aquel refuerzo, hicieron sitio a la bella mejicana y el coche salió corriendo entre un ruido ensordecedor de cascabeles.



(Continuará en el número próximo.)

EL CRUCERO SIN NOMBRE

POR A.M. GIANELLA



(Continuación)

—Apuesto a que se dan la contraseña. Nada, que he caído de cabeza en uno de esos terribles antros indios que siempre he creído trolas de novelistas... Eh, amigo Mop, calma y valor: vamos a ver qué es lo que pasa.

Los que le llevaban pusieron nuevamente en marcha después de haberse hecho reconocer por los centinelas, bajaron unos escalones y penetraron en el lugar de donde salían el murmullo y la luz que hemos señalado.

Al aparecer éstos, todos callaron y Mop miró con curiosidad en torno suyo.

Tenía suficiente conocimiento de la arquitectura religiosa del país, para comprender al momento que se hallaba en la estancia subterránea de un templo dedicado a cualquier deidad india.

Era un paralelogramo bastante amplio, cuya techumbre un poco baja, estaba sostenida por diez columnas, colocadas en dos filas, muy semejantes entre sí, pertenecientes a un sistema arquitectónico desconocido para nosotros, pero que probablemente se encontraría en los monumentos mahometanos.

Estas columnas, que en la parte cilíndrica tenían casi un metro de diámetro, descansaban sobre una base cuadrada y un octógono con toscos relieves de ídolos, sentados o animales extraños medio destruidos por la acción del tiempo; de la misma clase era la decoración del capitel que tenía la forma de un gran rodete.

Dentro de un gran nicho, excavado en la pared opuesta a la puerta de entrada, veíase la estatua de un ídolo con tres cabezas.

La cabeza del medio era desproporcionada, de expresión estúpida, las orejas larguísimo y cargadas de baratijas, tocada con una mitra y cuatro collares; la de la derecha representaba una mujer de expresión dulce que sostenía un florero en la mano; la de la izquierda parecía figurar un hombre furioso, de contrariado entrecejo, ojos fuera de las órbitas, grandes bigotes erizados, estrujando en la mano una serpiente.

Esta curiosa estatua era el símbolo de la gran trinidad india: la Creación, la Conservación y la Destrucción.

En el centro de la sala había una enorme piedra rectangular de dos metros de larga y algo menos de uno de alta; junto a ella surgía una representación en cobre de la diosa Káli, sobre la cual la luz de algunas antorchas, colocadas en varios agujeros practicados acá y allá en la pared, se proyectaba produciendo reflejos siniestros, sangrientos.

Al distinguir aquella horrible estatua, tan poco agradable y muda, sombría y casi feroz, Mop sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

El ex-ladrón conocía algo de la mitología indiana y de la superstición de sus fieles; por eso no ignoraba que la diosa Káli o Maakali, divinidad que cambia de nombre según la misión que desempeña, convirtiéndose en Bavani-Durga cuando acompaña a su esposo Siva al infierno para administrar justicia, sea de premio o de castigo, exige holocaustos preciosos por parte de sus adoradores, los cuales, para serles agradables, le ofrendan todos los años víctimas humanas.

Nuestros lectores saben, lo mismo que Mop, que cuanto decimos es la más absoluta verdad histórica, y que los sacrificios de los thugs, a pesar de todos los esfuerzos que los ingleses han hecho para terminar con ellos, continúan verificándose aún en el secreto de las antiguas y tétricas pagodas o en las misteriosas tenebrosidades de las selvas.

Todo eso había pensado y observado Mop, mediante rápidas ojeadas, mientras le dejaban en el suelo, junto a la gran piedra triangular que hemos descrito.

Después dirigió la mirada hacia las personas que ocupaban la estancia, y vió, en el espacio que mediaba entre las dos columnas, ocho figuras humanas, vestidas con túnicas blancas, oculto el rostro por un velo, sentadas e inmóviles como estatuas. Otras cuatro estaban junto a la gran imagen de la Trinidad india de que hemos hablado; tres exactamente iguales a las otras ocho, la cuarta, vestida a la europea y con la cara descubierta.

En esta última, Mop reconoció a Flaxman, y, de la actitud que adoptaban los diferentes individuos, dedujo que los tres que acompañaban al antiguo cajero debían constituir la presidencia de aquella misteriosa reunión.

No se engañaba: apenas pasada la primera impresión de estupor e inquietud originada por la aparición de los tres thugs, pues los lectores ya habrán comprendido que se trataba de los terribles extranguladores, y de su prisionero, la figura velada que se hallaba en medio llamó por medio de una seña a uno de los thugs y comenzó un diálogo del que Mop, fuese por la distancia o por la lengua en él empleada, no entendió una palabra.

Pero comprendió que debía tratarse de él y de su captura y una mueca indefinible le crispó los labios.

—¡Magnífica empresa! —refunfuñó—. Dar un salto, colocarse junto a aquellos necios charlatanes, agarrar a dos de ellos por el cuello, al jefe, por ejemplo, y al canalla de Flaxman, y decir luego a los demás: si dais un paso, les acogoto como si fueran dos pavos de Java...

Pero ¡ay!, para ejecutar tal idea era necesario que estuviese suelto, y, por el contrario, me veo atado como una salchicha de la tía Barlow, la más ilustre de las salchicheras inglesas, de quien conservo un recuerdo gastronómicamente grato, recordando los...

El curso de su meditación fué interrumpido por Flaxman que se le acercó diciendo algunas palabras a los dos thugs que permanecían junto al prisionero.

Libráronle inmediatamente de la mordaza que le cerraba la boca y de las ligaduras que le ataban las piernas.

—Levantaos — le ordenó Flaxman.

Mop estiró las piernas, respiró dos o tres veces con fuerza, y, con agilidad digna de un gimnasta de oficio, púsose en pie de un salto, a pesar de tener los brazos y las manos ligados al cuerpo y a la espalda por fortísimos lazos.

—¿Quién sois? —prosiguió Flaxman.

—No sé —respondió, imperturbable, el ex-ladrón.

—Tened cuidado. Nada ganáis con mentir; os advierto que vuestra situación es grave.

—¡Ya me lo figuro!

—Entonces, sed franco.

—Lo soy.

—A ver: ¿vuestro nombre?

—No lo tengo, por lo menos legalmente, pues se han olvidado de darme, y por eso acepto el que me dan.

—Caramba, es cosa curiosa.

—¿Lo creéis?

—Sin duda; pero dejémonos de formalidades inútiles y escuchadme: según lo que han referido los hombres que se han apoderado de vuestra persona, habeis sido sorprendido en la selva en actitud sospechosa, espionando a alguien o buscando el modo de penetrar aquí dentro.

Ahora, a juzgar por vuestro aspecto, parecéis demasiado inteligente para no comprender que son secretos cuyo conocimiento es sumamente peligroso, tanto, que suelen ser causa de la muerte de quien llega a conocerlos.

Sois inglés: lo conozco por vuestra pronunciación, y todo me induce a creer que sois un emisario del gobierno británico; bien sabéis que tal cualidad no es la mejor que puede invocarse en vuestro favor; así es que os invito a hacer una confesión completa, a revelarnos todo, precisando la misión que os ha sido conferida, y esto en interés vuestro, os lo juro.

Mop, que había escuchado aquel discurso con aire de estupefacción, se encogió de hombros.

—Mister—respondió con dignidad—, tengo el honor de aseguraros que no comprendo ni una sola de vuestras palabras.

—¿Yo un agente del gobierno inglés?

Yo soy un aventurero sin patria y sin familia; uno de esos desgraciados a quienes el infortunio obliga a rodar por el mundo, luchando a diario por la vida, dispuestos a todo, aunque sea una infamia.

Os sorprende que yo haya sido encontrado en este bosque, a pocas millas de Batavia, y no tenéis motivo.

He salido esta mañana de la ciudad con objeto de ver la diferencia que hay entre una selva de Java y una del Brasil, y con la esperanza de topár con algún monseñor (1), o de ver, por lo menos, una de las upas venenosas, cuya sombra mata; pero la suerte ha querido que me extraviase y viniese a caer en manos de personas cuyos secretos nada me interesan.

Esto es todo, os ruego que lo creáis; de todos modos, ya que estoy en vuestro poder, haced de mí lo que gustéis.

Flaxman hizo una mueca: no había creído una sola palabra de tal justificación.

—¿No tenéis más que añadir?—preguntó.

—Nada más.

—Pensadlo...

—Lo tengo pensado.

—Está bien, amigo mío; habéis querido ser curioso—prosiguió Flaxman con tono feroz—, y nosotros satisfaremos vuestra curiosidad.

Veréis y oiréis todo lo que se haga y diga aquí dentro, pero os advierto que no podréis referirlo a alma viviente, porque os faltaría tiempo y ocasión de hacerlo.

Adiós, señor.

Y el bribón se alejó, dejando a Mop un poco pensativo por la velada, pero terrible amenaza que le había dirigido.

—¡Demonio!—dijo entre dientes—. Me parece que ha llegado nuestro fin.

A una orden dada a los tres thugs, fué conducido a un ángulo de la sala; entonces el hombre cubierto por un velo, que, por el puesto que ocupaba, debía considerarse como

presidente de aquella reunión, levantóse y con voz ahogada dijo en aquel idioma que Mop no entendía:

—Hermanos, continuemos la discusión, interrumpida por la llegada del extranjero; invito al *bramino pundit* a que hable; a él, que, como delegado de los sublimes sacerdotes que conocen la ciencia en toda su profundidad, corresponde el primer lugar.

Inmediatamente el *bramino pundit* se puso en pie y comenzó un violento discurso, no sólo contra Inglaterra, sino contra todas las naciones que tienen posesiones en el Mar de las Indias; predicó la guerra santa, y concluyó poniendo a disposición de la Secta de los Estranguladores las potentes fuerzas de su casta.

No intentamos referir minuciosamente cuanto se dijo aquella noche dentro del sombrío subterráneo que servía para las reuniones de los *Estranguladores Supremos*; en primer lugar, porque los discursos pronunciados se semejaban de un modo singular; luego, porque Mop no entendía una palabra.

Al *bramino pundit* siguieron, en el orden que lo consignamos, un *parohistas*, o representante de los sacerdotes de grado inferior; un *sannyassis* o representante de los anacoretas; un *munypandaron* o representante de los mendicantes sagrados; un enviado de los cipayos; un *vaysia* o representante de los comerciantes; un *sudra* o delegado de los esclavos; en fin, un *kallern* o representante de los ladrones, vagabundos, asesinos y malhechores de todas clases.

Los ocho oradores se desataron en palabras contra los opresores extranjeros y prometieron a la Secta de los Estranguladores el apoyo de la casta que representaban para cuando se diese la señal de levantamiento y matanza. Entonces volvióse el presidente hacia Flaxman y dijo en inglés:

—Hable el enviado por los hermanos de occidente: le escuchamos.

Mientras Mop reprimía un gesto de sorpresa dándose cuenta de que ahora entendería lo que se iba a decir, Flaxman hizo una ligera inclinación y comenzó diciendo:

—Hermanos: no voy a pronunciar un largo discurso, pues soy partidario de los hechos más que de las palabras.

Represento en este concilio a los afiliados europeos, y estoy ante vosotros para rendiros cuenta de lo hecho desde el día de la última asamblea hasta hoy. Creo inútil leer cifras: todo está minuciosamente expuesto en los documentos que obran en poder del Jefe supremo, y advertireis con facilidad el enorme éxito financiero obtenido jugando a la baja contra los valores ingleses.

En ellos podéis ver, además, cómo se ha pactado una alianza secreta entre los estranguladores y los fenianos, los cuales están animados por un odio inveterado contra Inglaterra, que oprime a su patria, Irlanda.

Esta alianza acrece de modo formidable la potencia de nuestra secta, vosotros lo comprenderéis, y nos allana el camino para conseguir la victoria final, en la que todos pensamos.

Os hablo en inglés, porque me es aún muy difícil expresarme en vuestro idioma, pero he entendido lo dicho por los oradores que me han precedido, y sé, por tanto, que, en el momento oportuno, toda la India estará dispuesta a levantarse y proclamar su independencia.

Hermanos: esta noche quisierais pedir a la diosa Káli que apresure la hora memorable en que ha de haceros libres y poderosos, y para que os sea propicia le ofrecéis la sangre de una virgen inglesa.

(Continuará en el número próximo.)

DE LA COLECCIÓN **EL DESQUITE DE YÁÑEZ.** Dos tomos. CADA TOMO
SALGARI LA FAVORITA DEL MAHDI. Dos tomos. 1,25 pesetas.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—¿De qué vamos a hablar hoy, curioso Chonón?
—Si te parece, vas a explicarme qué cosa es el apetito, querido buho.

—¿Tienes, acaso, apetito en este instante?

—Precisamente por no tenerlo, llevo unos días que casi no pruebo bocado. Nada me apetece, ni aun aquellas cosas que, de ordinario, me agradan mucho. Me falta el apetito, y como no sé en qué consiste este fenómeno que unas veces me hace desear los alimentos y otras aborrecerlos, quiero que hoy me saques de esta ignorancia.

—El apetito es una función del estómago que nos descubre cuándo este órgano desea alimentos y está en perfectas condiciones para digerirlos.

—Entonces el apetito y el hambre vienen a ser la misma cosa.

—Parecidas, pero no iguales, querido Chonón. Así como el hambre es la imperiosa voz del estómago que reclama alimentos para el sostenimiento de nuestra vida, el apetito es el deseo de satisfacer este hambre con alimentos agradables a nuestro paladar. El hambre no selecciona alimentos y el apetito, sí.

—Por eso hay un refrán que dice: «A buen hambre, no hay pan duro.»

—Lo que quiere decir que el hambre se mata con cualquier alimento, aunque éste no nos apetezca. En cambio, las cosas que nos agradan nos despiertan apetito, aunque no sintamos la necesidad del hambre.

—Pues yo cuando no tengo hambre no siento apetito por nada.

—Me parece que no dices la verdad, querido Chonón.

—Te aseguro que sí.

—Voy a demostrarte que no. ¿A qué hora comes?

—A las dos de la tarde.

—Entonces, a las tres no sentirás hambre, ¿verdad?

—Ni remotamente.

—¿Te tomarías a esa hora un caldo?

—Ni pensarlo.

—¿Y unos cuantos bombones?

—Eso, sí; los bombones me apetece siempre, pero el caldo sólo cuando tengo hambre.

—Ya tienes, pues, demostrado que el apetito por ciertas cosas no te falta nunca, ni aun cuando tengas satisfecha la necesidad del hambre.

—¿Y no hay nada que mate también el apetito?

—En el apetito influye la función del cerebro tanto como la del estómago. Para comer apetitosamente es indispensable que el bienestar del cerebro nos acompañe. Las impresiones agradables, las

buenas noticias, son estimulantes del buen apetito, y, en cambio, las preocupaciones y las noticias ingratas son seguras causas de inapetencia. Una mala noticia o una impresión desagradable nos cortan radicalmente el deseo de comer, aunque estemos haciéndolo con gran apetito.

—Eso ya me ha ocurrido a mí algunas veces. He estado comiendo y de pronto me han dicho algo desagradable, y se me han quitado instantáneamente las ganas.

—En tales casos, o sea cuando alguna impresión nos hace perder el apetito, debemos, por prudencia, dejar de comer. El estómago nos avisa, por medio de la pérdida del apetito, para que no le obliguemos a hacer una digestión que quizá acarree graves consecuencias. Otro momento en que tampoco debemos comer es cuando sentimos fatiga o cansancio. Por esto, es prudente que, siempre que estemos rendidos, no nos pongamos a comer.

—Pero el cansancio no es ningún malestar del cerebro.

—Desde luego que no.

—¿Entonces por qué no conviene comer?

—Porque el estado de cansancio o fatiga es producido por un momentáneo envenenamiento de la sangre.

—¿Cómo es esto posible? ¿De dónde ha salido ese veneno?

—Nosotros mismos lo hemos elaborado al obligar a nuestros músculos a hacer un esfuerzo considerable. Estas toxinas o venenos se han desprendido del sistema muscular, y, al invadir la sangre, nos hacen sentir la molestia de la fatiga.

—Según eso, no debemos cansarnos nunca, ¿verdad?

—Es completamente inofensivo el cansancio, si no se lleva a la exageración. Es más, te diré que hasta es beneficioso hacer ejercicio para provocar algo de fatiga.

—¿Es que quieres decirme que nos beneficia envenenarnos?

—Comprenderás que si estas toxinas se desprenden de los músculos, pasan a la sangre y luego se eliminan por medio del sudor o del aire que respiramos, será mejor que no tenerlas dentro del cuerpo.

—Me has convencido. Pero yo ni estoy cansado, ni estoy preocupado, ni he tenido ninguna mala noticia, y, sin embargo, no tengo apetito desde hace unos días. ¿Qué te parece que haga?

—Eso ya es cosa de consultarlo a un doctor. Si te parece, iremos a ver a Don Turulato.

—¿Pero Don Turulato es médico?

—De estas cosas de estómago entiende mucho, porque Currinche le coge cada indigestión, que no quieras saber.

—Pues vamos a verlo.

—Vamos allá.

VIDA PINOCHISTA

Todos los suscritores de PINOCHO son listos, guapos y muchos son guapísimos. En esta galería de retratos podrá irse confirmando la verdad de las precedentes aserciones.



Anunciación Juanola
Aller.



Amparito Prosper.



Emilia Dávila.



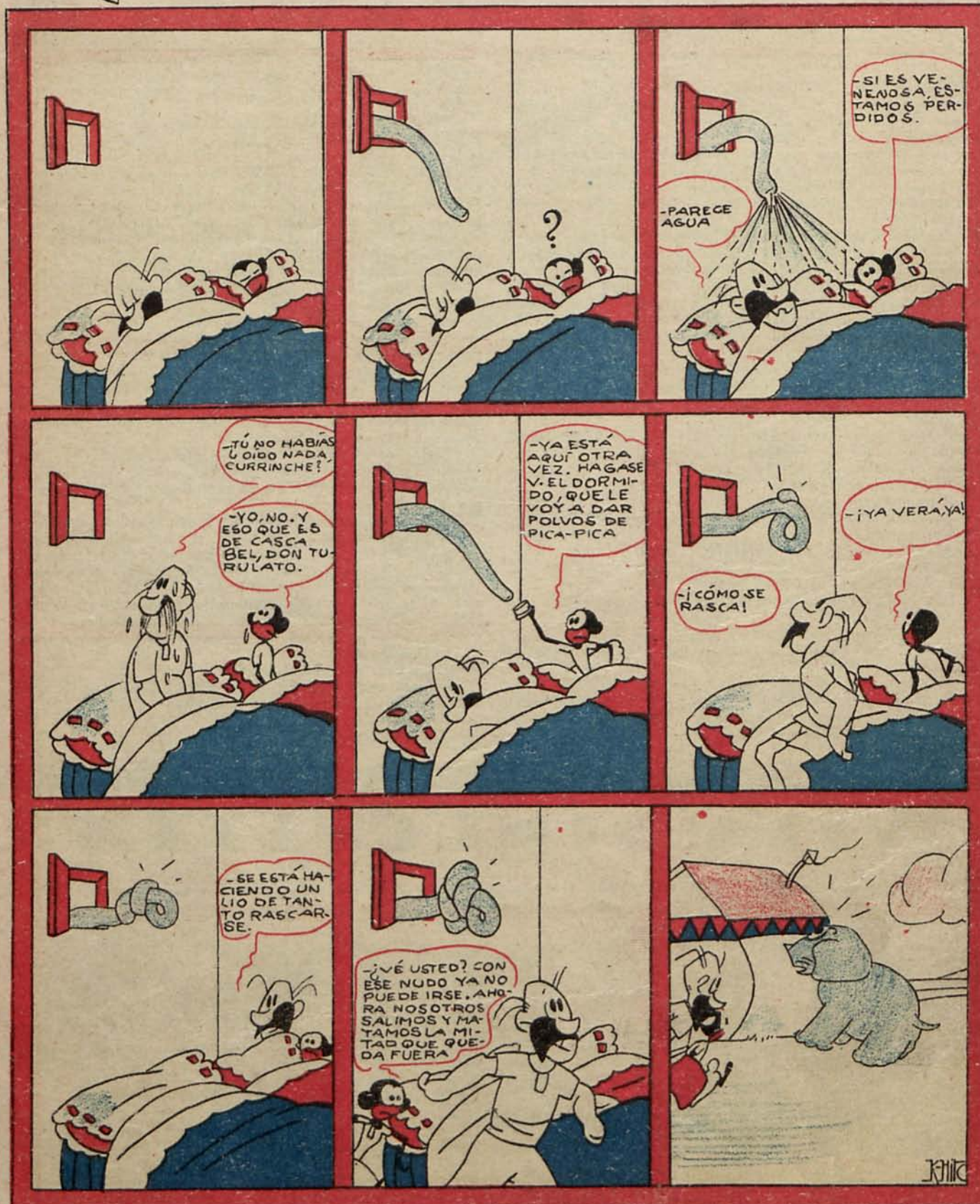
Josefina Felia Gutiérrez.



Pelayito Riera.

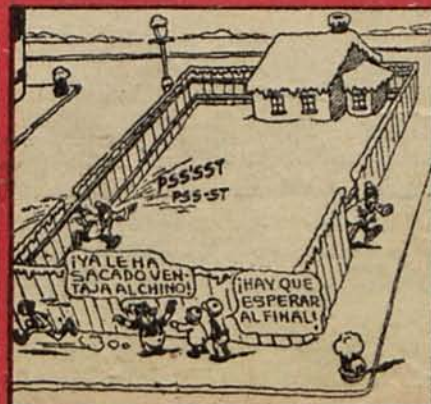


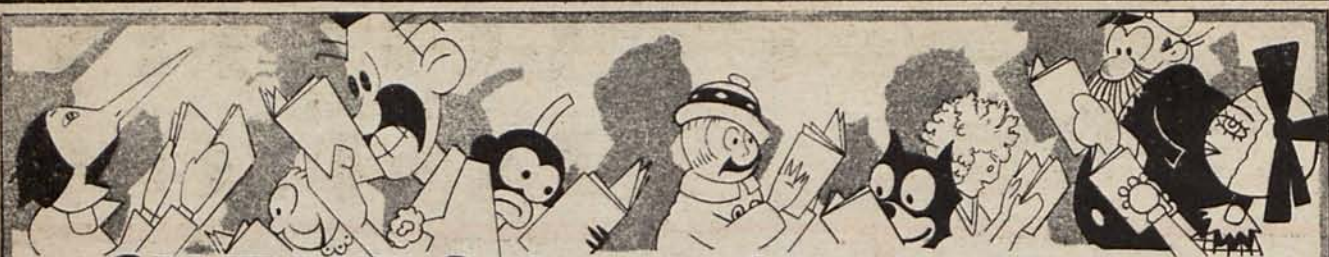
DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





COLORÍN Y SU PANDILLA





CUENTOS DE CALLEJA

LAS TRES PREGUNTAS

Castillo

En la Historia de España se conoce con el dictado de *Cruel* al Rey Don Pedro I de Castilla, hijo de Alfonso XI, el *Justiciero*. Su fama de hombre duro y violento era general; y como entonces el Rey era señor de vidas y haciendas, ninguno de sus súbditos podía estar seguro de no ser algún día víctima de los arrebatos y de la ferocidad del sanguinario monarca.

No ha faltado quien atribuyera tales excesos a la influencia y consejos de su ayo Alburquerque y a la desleal conducta de los nobles, que le tuvieron completamente secuestrado; pero el hecho es que hizo matar a su hermano Don Fadrique. El, en cambio, murió a manos de su otro hermano, D. Enrique de Trastámara, que le sucedió en el trono con el nombre de Enrique II.

La leyenda refiere, por otra parte, ciertos rasgos de Don Pedro, que le presentan como hombre de ingenio agudo. Cuéntase, por ejemplo, que, siendo el Rey aún mozo, solicitaron de él dos personas una plaza de notario, vacante en Sevilla. Don Pedro, que se hallaba en los jardines del Alcázar de aquella ciudad, en la cual residía la corte a la sazón, cogió unas cuantas naranjas, las partió como al descuido y las fué echando en un estanque. Hecho esto, mandó que compareciesen los solicitantes, y, llamando al primero, le dijo:

—La misión del notario es dar fe de lo que ve, ¿no es verdad? Pues bien, fíjate en ese estanque y dime cuántas naranjas flotan en sus aguas.

El aspirante a notario se aproximó al estanque, y, contando las que vió, dijo:

—Señor, en el agua veo doce naranjas.

Volvióse el Rey hacia el segundo solicitante, y le dijo:

—¿Cuántas naranjas hay ahí?

El interpelado se asomó al estanque y con un palo fué volviendo las naranjas, hasta que vió que todas ellas estaban partidas por la mitad.

—Tú serás el notario—dijo el Rey—porque has sabido fijarte para atestiguar la verdad, y si lo examinas todo como esto, bien puedo asegurar que serás inmejorable.

Y, en efecto, aquel fué el notario, y parece que des-
empeñó con gran acierto su cometido.

Desgraciadamente, las buenas acciones no abundan en la historia de Don Pedro, y sería muy difícil encontrar en toda ella arriba de dos o tres rasgos generosos y de merecido aplauso.

He aquí un ejemplo de su rara conducta y extraña condición:

Cierto día, yendo de caza, a cuyo ejercicio era muy aficionado, se extravió en el bosque, viniendo a dar, ya bien entrada la noche, en un hospitalario convento, donde, sin conocerle, se le ofreció mesa, cama y abrigo.

Sin dar siquiera las gracias pasó al refectorio, y al entrar allí fué reconocido por un lego, quien sabía que el Rey padecía de cierta enfermedad llamada *sinovitis*, cuya manifestación más característica consiste en que aquel que la padece produce al andar un ruido como de huesos que chocan entre sí. Por este ruido fué por lo que el lego le reconoció. Avisada en el acto la comunidad, acudió a rendir al monarca el debido homenaje; pero Don Pedro estaba de mal humor, y, encarándose con el prior, le dijo en tono destemplado:

—¡Qué grueso estáis, padre prior! El estudio no hace mella en vuestra paternidad, de lo cual deduzco que no debéis ser tan sabio como dice la gente por ahí.

La comunidad quedó suspensa, sin atreverse a decir ni una palabra:

Por fin, el interpelado pudo decir:

—Señor, cumplo mis deberes como mejor puedo; estudio, rezo y pido a Dios que dé a Vuestra Majestad feliz y larga vida, para que haga la dicha de sus súbditos. Y si engordo, no será porque coma de un modo extraordinario, sino por la existencia tranquila y reposada, lejos del bullicio mundano, sin pensar más que en Dios, para rogarle que a todos nos haga buenos y dignos de su gloria.

El Rey quedó un momento silencioso y pensativo, pero luego añadió:

—De todos modos, y puesto que he oído decir que





sabéis mucho y tenéis un prodigioso talento, quiero cerciorarme de ello poniéndoo a prueba. Pues bien, si queréis serme agradable—continuó—, os emplazo para que dentro de diez días vayáis a Palacio y me contestéis satisfactoriamente a las siguientes preguntas: Primera, ¿qué distancia hay desde la tierra al sol? Segunda, ¿cuánto valgo yo? Y tercera, ¿qué cosa pienso yo que sea mentira? Si no me contestáis a mi gusto, mandaré que os corten la cabeza.

Y dicho esto, se fué.

Ínútil es decir que el pobre fraile quedó asustado, porque de sobra sabía que Don Pedro era muy capaz de cumplir lo prometido. Y se dió a pensar noche y día en las preguntas, sin dar con la contestación.

Hay que hacer notar que entonces no se sabía la distancia que media entre los astros, porque la ciencia estaba muy atrasada, y no era cosa que se pudiese medir así como así.

—¿Qué distancia habrá de la tierra al sol?—se preguntaba el prior; y añadía: ¡Quién será capaz de medirla! La segunda pregunta sí que podría contestarla bien: ¿Qué cuánto vale Vuestra Majestad? Pues nada, nada, absolutamente nada; ni un ochavo. Pero, es claro, si le digo esto, desde el Palacio voy al patíbulo; porque no hay que negar que Don Pedro es muy bruto. Y ¿en qué estará pensando que sea mentira? Eso sí que es difícil, porque ¡vaya usted a saber en cuántas mentiras estará pensando al cabo del día! En fin, que estoy perdido sin remedio, y de esta hecha me rebanan el pescuezo o me tuestan a fuego lento.

En estas cavilaciones llegó el día prefijado para que fuese al Palacio Real. ¡Y aún no sabía qué iba a contestar!

En su apuro, invocaba a la Santísima Virgen, seguro de que no le había de dejar sin amparo y protección.



Iba a ponerse en marcha para Sevilla, cuando uno de los legos, muchacho listo y atrevido, le dijo:

—Padre prior: vuestra reverencia y yo tenemos aproximadamente la misma estatura, y hasta nos parecemos algo. ¿Por qué no me deja vuestra paternidad que vaya en su lugar y conteste al Rey?

Al verle tan resuelto, no dudó ni

un momento en que el lego había sido inspirado por Dios para salvarle.

—¿Y qué vas a contestar al Rey?—preguntó muy alborozado el prior.

—Pues unas cositas que me reservo, con permiso de vuestra paternidad, pero que van a venir de molde con las preguntas. Si no vuelvo por aquí en tres días, será señal de que me salió mal la estratagemma y de que me habrán rebanado la nuez. Conque, hasta la vista, o hasta la eternidad. Deme vuestra paternidad la bendición.

El prior quiso oponerse al proyecto del lego, diciendo que, si era preciso, él sufriría el martirio; pero el lego era testarudo, y cuando quiso el prior recordar, ya estaba camino de Sevilla. En el momento en que llegó a Palacio y se anunció, el Rey dió orden de que le dejaran pasar.

—¿Has ideado ya las respuestas que te pedí?—preguntó Don Pedro.

—Sí, señor.

—Bueno, pues comienza. ¿Qué distancia hay desde la tierra al sol?

—Ochocientas cuarenta y siete mil leguas. Ni una más ni una menos. Y si Vuestra Majestad no lo cree, disponga que lo midan.

Como la cosa era imposible, el Rey se tuvo que dar por satisfecho.

—No está mal—dijo—; ahora la segunda: ¿cuánto valgo yo?

—Veintinueve dineros de plata.

—¿Y por qué veintinueve dineros?

—Porque Vuestra Majestad vale menos que Nuestro Señor Jesucristo, y a Él le vendieron por treinta.

Don Pedro se mordió los labios, y, bastante picado, continuó preguntando:

—Y ¿qué pienso yo que no sea verdad?

—Pues Vuestra Majestad piensa que yo soy el prior, y no lo soy.

Maravillado el Rey del ingenuo del lego, perdonó la sustitución y le colmó de favores.

Esto prueba que los hombres más fieros se rinden y aplacan ante los esfuerzos del ingenio.



F I N



CORRESPONDENCIA

Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retraso. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.



Alfonso Armada.—Ha llegado tu carta, llena de chistes, colmos y cuentos. Todo ello escrito con muchísima gracia. Excuso decirte que saldrá en mi Revista a su tiempo. Muchos abrazos.

Evencio de Castro.—Tu magnífico dibujo de «Pinocho va a una capilla» está mereciendo los más calurosos y unánimes elogios de Morronguis, Don Turulato, Currinche, Tin, Ton, etc., etc. La verdad es que tu dibujo es mucho dibujo. No falta en la capillita ni un solo detalle. Eres tan buen observador como dibujante. Felicidades y abrazos de todos.

Angela Albarrán.—En tu lindísimo cuento «La mariposa encantada» te revelas como una cuentista formidable. Es precioso el fondo y deliciosa la forma en que lo desarrollas. En cuanto le toque su turno saldrá en mi Revista. Apretadísimo abrazo de Pirula, Laura, Anita, etc., etc.

Carmica y Pepito Calderón.—Pocas veces se recoge en un dibujo el ambiente de un paisaje tan divinamente como tú, linda Carmica, lo has recogido en tu maravilloso dibujo titulado «La casa de doña Esterlina». Esas ventanas, esas puertas y esos balcones están rezumando el sabor de la tierra. Si Pereda hubiese sido pintor hubiera hecho cuadros como el tuyo. En cuanto al remolcador que ha hecho Pepito, sólo he de decirte que Currinche, tan aficionado a las travesías por mar, quiere a toda costa irse en él a su tierra. A Cuba, nada menos. Esto te demostrará la sensación de seguridad que da el barquito. A su tiempo irán los dos dibujos a las columnas de mi Revista. Os abrazo cariñosamente.

Basilio Ramiro.—Muy bien, muy bien tu soberbio barco de vela. ¡Qué hermosa debe de ser una travesía por el océano en un barco como este que has dibujado con tanto acierto! Tuyo incondicional.

J. Antonio Oyanguren.—Toda la poesía de la huerta valenciana está recogida con admirable acierto en tu precioso dibujo. Esa barraquita con sus cruces, su caminito, sus árboles será el asombro de todos los que la admiren en mi Revista cuando aparezca en ella. Te felicito y te abrazo.

Natividad Escudero.—Siento muchísimo que unos trabajos como los que me has enviado no puedan publicarse en mi Revista por no haber una sección especial para ellos. No obstante, los paso a manos de Pirula, por si puede sacar algún partido de los lindos dibujos de encajes que has mandado. Fíjate en la sección de Colaboración Infantil y mándame cosas que vayan bien en esta sección. Cuentos, chistes, historietas o dibujos. Abrazos de Pirula, Anita, Laura, Morronguis, etc., etc.

Galo Miñana.—No pasa un número de mi Revista en que no tenga que hacer la misma advertencia. Los dibujos a lápiz no pueden publicarse. Hay que hacerlos con tinta. Hasta el número próximo, en que habré de repetirlo otra vez. Y no lo siento por esto, sino por los dibujos, que se quedan sin aparecer en la Revista. ¡Qué lástima! Muchos y apretados abrazos.

Pinocho

CUARTO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA TODOS LOS PINOCHISTAS

A petición de gran número de Pinochistas, organizamos este nuevo **Gran Sorteo de Regalos**, en el que puedan tomar parte no sólo los suscritores, sino **todos los lectores de PINOCHO**. Los premios, como siempre, magníficos, serán los siguientes:

- 1.º Un auto Citroen igual que los anteriormente sorteados.
- 2.º Una estupenda bicicleta.
- 3.º Doscientas pesetas en dinero.
- 4.º Un baul «trousseau» de muñeca.
- 5.º Cien pesetas en dinero.

Para tomar parte en este sorteo habrá que reunir todos los cupones que publicaremos correlativamente hasta el último número de Setiembre de 1927. En dicho número publicaremos una plantilla, en la cual habrán de pegarse todos los cupones publicados y remitirnoslos en la forma que entonces explicaremos.

Cada Pinochista tendrá que escoger su número. Los cinco Pinochistas que escojan números más aproximados a los cinco primeros números de la **Lotería de Navidad**, serán los que obtengan los cinco premios de nuestro **Cuarto Gran Sorteo de Regalos**.

Los demás detalles serán publicados oportunamente.

PINOCHO

SORTEO DE REGALOS
DE NAVIDAD DE 1927

CUPÓN N.º 3

¿QUÉ
PINOCHISTA
QUIERE
DIBUJAR
LAS CARAS
DE LOS
PERSONAJES
DE ESTA
HISTORIETA?



EN EL NÚMERO PRÓXIMO

SE REANUDARÁ LA
PUBLICACIÓN DE LAS
ESTUPENDAS HISTORIETAS DE

PACO MORRONGUIS
Y ANITA BUEN CORAZON

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JUNIO

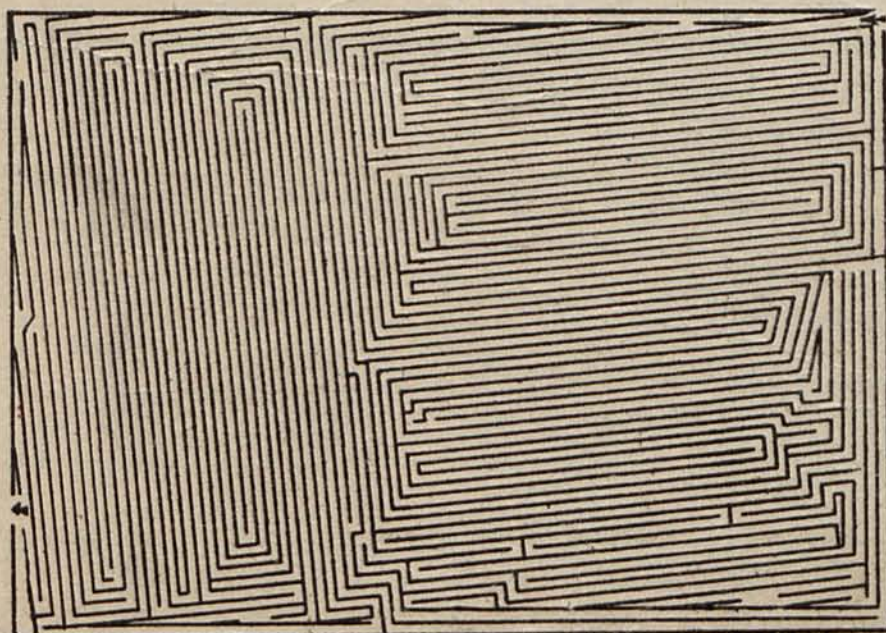
(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

¿CUÁLES SON LOS ERRORES QUE HAY EN ESTE DIBUJO?



Este dibujo, como véis, representa una subasta. Se trata de hallar los errores que el dibujante ha cometido al dibujar los diversos objetos que se están subastando. Estos errores son nueve: uno de ellos consiste en que al peine que hay a la derecha del dibujo le faltan púas. ¿Cuáles son los otros ocho?

LABERINTO



CUPÓN DE SOLUCIONES DEL MES DE JUNIO **123**

Envío del Pinochista D.

En este laberinto no hay que hacer más que entrar por una puerta y salir por la otra. Ahora bien, durante el viaje id marcando el camino con un lápiz, y así os podré decir, cuando me lo enviéis, si está bien hecho el recorrido.

COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE JUNIO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos chistes, dibujos, cuentos e historietas para publicarse en esta sección. Todos los meses se concederán premios importantes a los mejores trabajos publicados.



Voy a comprar PINOCHO.
EUGENIO TREJOS. Doce años.



Una familia ratonil.
VÍCTOR FERNÁNDEZ.



Defensa del 2 de mayo
LUIS GUERRERO.
Once años.



Anita y su pa-
drino. — SIMÓN
SERRANO.



Don Turulato.
F. BERNÁLDEZ.
Diez años.



Mi hermana Cristina
leyendo PINOCHO.
VIRGINIA TREJOS.



Mi prima.
ELVIRA SERRANO.
Once años.

A Nenita Gran y Machado.

Dios llamó a cien angelitos
Y los puso a fabricar
Una linda muñequita!
Que iban todos a mimar.

Por mejillas le pusieron
Las dos rosas más bonitas;
Por dienteitos, blancas perlas,
Y un clavel por boquita.

Cuerpecito de azucena,
Cabecita vaporosa,
Piecitos de jazmines,
Manitas de mariposa.

Para hacerle los ojitos
Los más negros y preciosos,
Dos luceros escogieron
Del cielo, los más hermosos.

Después de hecha la muñeca,
Dios vida le concedió,
Y con unos angelitos
A la Tierra la mandó.

A unos padres cariñosos
Entregaron la niña,
Y todo el mundo hoy adora.
A la preciosa Nenita.

MERCEDES REY.



Ya sale la luna vomit-
tando estrellas.
JOSÉ MARÍA HUEYE.



Mi casa en el pueblo.
CARIDAD GALLARDO.
Ocho años.



Pinocho de paseo.
ANTONIO DE LA NUEZ.
Once años.



Un moro.
ÁNGEL UBEDA.



Gafitas.
CARMEN DE
TERRY.



El barco de Pinocho.
BASILIO R. HERNÁNDEZ.



Un ladrón y un gato.
EMILIA MARTÍNEZ.



Bartolo.
ALBERTO DE
LEÓN.



Fernando V.
L. G.



Currincho.
JOSÉ ALEMANY.



Carreras de caballos.
JACINTO MIGUEL.—Nueve años.

Premios a la Colaboración Pinochista del mes de noviembre

NÚMEROS 90, 91, 92 Y 93

PREMIOS consistentes en libros de Cuentos de Calleja.

Cuentos.—Primer premio: Rafael Narbona, Córdoba.—Segundo premio: Ascensión Sánchez, Sonseca.

Historietas.—Primer premio: Adolfo López, Madrid.—Segundo premio: Pablo Junquera, Guadalajara.

Dibujos.—Primer premio: Teresa Martín, Granada.—Segundo premio: A. F. Mazas, Orense.

ACCÉSITS CON DIPLOMA consistentes en un Diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Cuentos.—M. Orlando Sepúlveda, La Serena (Chile); María E. Santos, Buenos Aires; Fernando Bello, Madrid; Carmen Valverde, Madrid; F. Galiana, Madrid; Manuel García Gerpe, Ordenes; Ernesto Vallejo, Melilla.

Historietas.—José Lobregat, Alicante; Blanca M. Jiménez, Ecuador; Piedad Muérraqui, Guayaquil; Fernandito Lagartume, Josefina Abel, Pablo Palazuelo, Emilia Rey, Madrid.

Dibujos.—Pablo Anguita, Tristán La Rosa, M. Garay, Madrid; Francisco Rodríguez, Pedro Alfaro, Burgos; Tomás de Ibarra, Se-

villa; Luis Ruiz, Madrid; Juan A. Ponte, Orense; Ernesto Vignolo, Paris; Fernando Cádiz, Margarita Mora, Vejer; José Luña, Tomás Muñoz, Zaragoza; Margarita Fuentes, Jaime Piniés, Madrid; José Belmonte.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación del presente número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

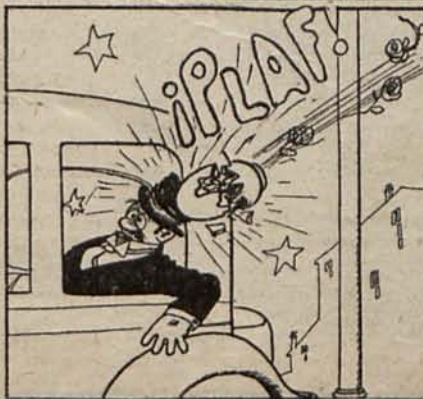
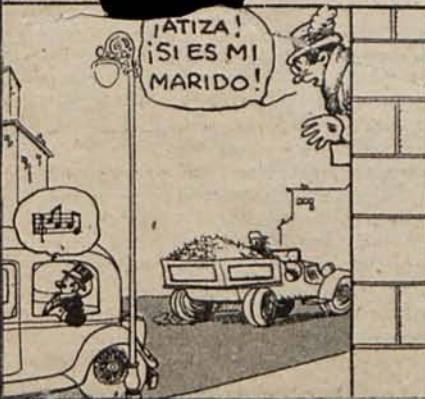
Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

Los Pinochistas americanos tendrán un plazo de cuatro meses para reclamar sus premios o sus diplomas.

POTIPÁN Y CAÑAMÓN

TIENES RAZÓN, POTIPÁN; UN MÉDICO NECESITA MUCHOS PACIENTES CUANDO TIENE UNA MUJER COMO LA MÍA.

HE DICHO PA-
CIENCIA, NO
PACIENTES.
NO CONFUN-
DAMOS.



SECCIÓN PIRULA

CUENTOS DE PIRULA



Historia de un ministro distraído, de un perrito glotón y de un pollo asado.—Aquella tarde, como todas las tardes, en la cocina del palacio de Su Eminencia el cardenal Dubois,

primer ministro del rey Luis XV de Francia, un hermoso pollo, convenientemente ensartado, se asaba bajo la vigilancia de un marmítón, el joven Pedrín.

No debe de ser muy divertido darle vueltas a un asador, por cuanto al poco rato Pedrín empezó a frotarse los ojos, luego bostezó, luego se pellizcó la punta de la nariz para despabilarse y, por último, se quedó dormido.

El asador, tras de dar lentamente él solo una vuelta y media, se quedó parado, y al poco rato un fuerte olor a carne quemada sustituyó la suave fragancia a asado exquisito que venía llenando la cocina.

De pronto, por la puerta, que había quedado entreabierta, apareció un hocico negro, luego unas orejas enhiestas, luego dos patitas y, por fin, entró en la cocina el perrito *Barbarin*. Una nariz chata que olfatea, una boca que se abre, un brinco, unos colmillos que se clavan en carne tierna y blanca, medio cruda y medio dorada, ¡ham!

Y luego, nada; nada más que unas patitas que corren veloces, un perro que desaparece y un pollo asado que desaparece también.

¡Qué horrible despertar el del marmítón! Manos vigorosas le sacudian; voces airadas le increpaban; abrió los ojos; ante él se hallaban dos altos personajes: uno era un caballero seco, vestido de negro; el otro, un señor gordo, vestido de blanco; eran Don Teodomiro, primer ayuda de cámara del señor ministro y dueño del perrito *Barbarin*, y Don Bonifacio, cocinero mayor.

—¡Granuja! —gritaba Don Teodomiro—. Te quedaste dormido y por tu culpa se perdió el pollo asado de Su Eminencia.

El pobre Marmítón clavó en el asador una mirada de espanto; vió los restos del pollo, que colgaban lamentablemente; se puso pálido, luego rojo, se hundió los puños en los ojos y rompió a llorar con desconsuelo.

La tragedia no era para menos; el señor ministro, hombre atareado y sobrio, apenas desayunaba, apenas almorzaba, apenas cenaba, y no paraba de trabajar en todo el día; pero a media tarde se comía un pollo asado. Y este pollo era algo tan importante, tan respetable, que toda la servidumbre temblaba al mentar el pollo de Su Eminencia.

Cansados de increpar al desdichado Pedrín, el señor ayuda de cámara y el señor cocinero mayor se dedicaron a increparse mutuamente:

—La culpa es de usted, que no vigila bastante su cocina —decía Don Teodomiro.

—La culpa es de usted, que no ha inculcado a su perro ni la honradez ni la educación —contestaba Don Bonifacio.

La noticia del terrible acontecimiento circulaba ya por todo el palacio y de todos los rincones acudían criados, mayordomos, cocheros, lacayos, pinches, que se reunían en la cocina y se lamentaban, se santiguaban y se peleaban. ¿Qué hacer, Dios mío? La situación era horrible. De un momento a otro el señor ministro pediría el pollo; no daba tiempo, ni por pienso, a asar otro.

Y, precisamente, hete aquí que de las habitaciones superiores llegaba corriendo, sin aliento, un paje que gritaba:

—Su Eminencia ha despachado ya el correo de Inglaterra y pide su pollo. ¡Venga el pollo del señor Cardenal!

Los gritos, los sollozos, las exclamaciones, los denuestos redoblaron. En el instante preciso en que Su Eminencia pedía el pollo, éste tenía que aparecer tierno, dorado, en su punto; jamás perdonaría el señor ministro una falta, un retraso en el más importante de todos los servicios de su palacio.

¡Estaban perdidos todos! Perdido el cocinero mayor y todos los cocineros y todos los pinches y todos los marmítos; perdido el ayuda de cámara; perdido, sobre todo, el perrito *Barbarin*, a quien le esperaba alguna morcilla envenenada de orden del señor Cardenal.

El sentimiento del peligro que corría su *Barbarin* devolvió súbitamente al ayuda de cámara serenidad, ingenio... e impudencia. Tuvo una sonrisa maliciosa, calmó los ánimos con un gesto, y ordenó:

—¡Callad todos. Esto lo arreglo yo ahora mismo. Señor Bonifacio, ensarte usted otro pollo.

Y sin dar explicaciones dió media vuelta y salió de la cocina, dejando tras él una estela de asombro y de admiración.

En su despacho, el señor Cardenal Dubois escribía, rodeado de libros, de legajos y papelotes y de seis secretarios. (No tenía mecanógrafo alguno porque aún faltaba un par de siglos para que se inventasen las máquinas de escribir.) Don Teodomiro entró de puntillas, se inclinó ante la mesa del señor y esperó hasta que el ministro levantó la cabeza; murmuró entonces tímidamente:

—Monseñor, parece que Su Eminencia ha pedido su pollo.

—Cierto, cierto —respondió el Cardenal—. ¿Por qué se tarda?

El ayuda de cámara respondió con una sonrisa y reservase el secreto para sí mismo, muy gracioso.

—Monseñor, apenas he podido acordar a Vuestra Eminencia el pollo.

—¿Qué pasa, Teodomiro?

—El respeto me cierra la boca.

—¿Me ocultas algo?

—Cardenal frunciendo ligeramente el ceño.

—¡Habla!

—No sé si debo, Monseñor.

—Habla; te lo ordeno.

—Entonces me voy a acordar a Vuestra Eminencia el pollo ya se lo ha comido.

Al oír tan descortés respuesta los seis secretarios levantaron la cabeza, pero ninguno chistó; ya cada uno tenía su enemigo a quemarropa y para el pre dilecto del ministro no quedaba el indio; su rostro se había vuelto honradez, lealtad, y el Cardenal quedó un momento en silencio.

—Cierto —dijo el Cardenal—, el hombre más distraído que he conocido es muy capaz de comerme un pollo sin darse cuenta de que se lo comió.

Pero mi estómago no es ministro ni se le da cuenta de lo que se le comen. Pero mi estómago pide a gritos su pollo diario, te lo recuerdo, Teodomiro; si mi estómago lo tuviese dentro, lo recordaría seguramente.

—Me permitiré sugerir a Vuestra Eminencia la posibilidad de que el trabajo excesivo haya redoblado su apetito; además, tan precipitadamente ha comido el pollo, que lo ha digerido demasiado a prisa.

—Así debe de ser, en efecto —aprobó el Cardenal—; lo siento, porque el caso es que estoy muerto de hambre...

—Monseñor, si Vuestra Eminencia desea un segundo pollo...

—¡Un segundo pollo! Pero, ¿tú piensas lo que dices, Teodomiro? ¿Mi estómago delicado aguantaría dos pollos en una tarde?

—Puesto que Vuestra Eminencia siente apetito...

—Tienes razón, Teodomiro. Da orden inmediatamente de que me ensarten otro pollo. ¡Quiera Dios que no me sienta mal!

Pero le sentó. Aquella noche Su Eminencia el Cardenal Dubois, primer Ministro del rey Luis XV de Francia, tuvo una terrible indigestión. Y juró solemnemente que en su vida volvería a comer dos pollos asados, en la misma tarde.

